

GUERRA FRIA Y ELECCIONES PRESIDENCIALES NORTEAMERICANAS

Especialmente a partir de la primera postguerra, las elecciones presidenciales norteamericanas dejaron de constituir un problema exclusivamente nacional. Esa mutación registrada, en lo que atañe al eco de los comicios cuatrianuales, se operó a impulsos de un naciente primero y creciente después, proceso de rápido crecimiento norteamericano. Los dos grandes partidos políticos, el demócrata y el republicano, habitualmente nos ofrecían el invariable espectáculo de su indigencia polémica, anemia explicable en un país que, en periodo de pleno crecimiento y virtualmente al margen de las complicaciones europeas, no tenía otra preocupación que la de poner en marcha una nación de proporciones continentales. Tal carencia doctrinal o, por lo menos, su prominente déficit, habituaban al elector norteamericano a la cómoda tarea de sumar sus votos, inducido a la adición, por meras consideraciones incidentales, a una u otra de las dos grandes agrupaciones políticas. No debe sorprender al observador el apuntado balance, síntoma específico de un claro estado de indiferencia o perplejidad por parte del votante, que muchas veces adquiriría la condición de tal en su papel de europeo naturalizado y, como tal, desconocedor del ambiente político de la Unión. Incluso los que ostentaban la condición de ciudadanos norteamericanos, a veces con el antecedente de varias generaciones a su espalda, tras un elemental cotejo de la historia de los Estados Unidos, podían inducir cómo cada uno de los dos grandes partidos políticos contendientes no sólo se desentendían de toda preocupación doctrinal, en el sentido de mantener una mínima consecuencia política, sino que a lo largo del proceso histórico norteamericano un partido podía apropiarse el bagaje dialéctico en otro tiempo respaldado por la fracción contrincante.

El anterior referido fenómeno, respecto de cuya evidencia no consi-

deramos posible exteriorizar disonancia, venía determinado por las siguientes causas: en primer término, las grandes y crecientes masas electorales, habitualmente inclinadas a la adopción de principios simplistas y elementales, habían aprendido, tanto en los consejos póstumos de Jorge Washington, cuanto en las tajantes afirmaciones, de elemental geopolítica, apadrinadas por Tomás Jefferson, que el Atlántico representaba el papel de una confortable e inviolable lámina aisladora y que, cobijados al amparo de ese inmenso parapeto líquido, los Estados Unidos podían vivir su específico destino, totalmente desentendidos de las complicaciones europeas. Esta imagen de un mundo distinto y distante resultaba ser poco convincente, por su carácter de episódica occasionalidad, ya que no podía elevarse a la categoría de elemento diferenciador de dos mundos, la sedicente barrera atlántica, que si bien separaba, materialmente hablando, a dos mundos, no por ello los proveía de personalidad desemejante, ya que uno de ambos continentes, pese a la lejanía y a fugaces incidencias históricas, no venía a ser más que el eco distante del viejo mundo europeo; en segundo lugar, los que actuaban como intérpretes de la sedicente experiencia histórica norteamericana venían en lo que ellos rotulaban, con acento de reproche, de *municipalismo* europeo, un nuevo motivo de diferenciación en el orden dimensional; una gran nación, constituida a escala continental y un mundo senecto que, en esencia y salvo irrelevantes diferencias dimensionales, vivía siglos sin haber logrado rebasar plenamente lo que resulta excesiva etapa histórica de dispersión postfeudal. Aduciendo, en el sentido apuntado, aquellos incurables optimistas transoceánicos, ignoraban, al formular su precipitado diagnóstico, que sobre Europa proyectaban su influencia varios siglos de historia, cuyo solo decurso explicaban cumplidamente las dificultades con que tropezaban cuantos, en estas viejas tierras, actuaban con propósitos unitivos. La vieja Europa, vista desde la otra orilla, ofrecía, al menos a primera vista, el ejemplo de un Continente que, en las últimas centurias, sólo había contado como base normativa de acción, con la compensación episódica y muchas veces desnaturalizada por el egoísmo o por la astucia, del denominado equilibrio político, sistema aritmético de compensación de fuerzas que, en definitiva, es máquina generadora de guerras punto menos que endémicas. Así nació en los medios políticos norteamericanos una persistente y progresiva aversión hacia cuanto implicase instauración en el nuevo mundo del llamado sistema de la *Balance of Power*. Ahora, para-

doja sorprendente para cuantos sufren de miopía histórica, son los Estados Unidos quienes centran sus esfuerzos en el ansia de restaurar un equilibrio político alterado en su perjuicio y en provecho de la U. R. S. S.

Permítanos ahora el lector que hagamos un alto en esta exposición, para dejar aquí consignadas determinadas advertencias: 1.^a Que estas líneas nuestras han sido escritas cuando el que las traza desconoce totalmente el resultado de las elecciones presidenciales norteamericanas; 2.^a Que en nosotros no existe ambición profética alguna en relación con el posible epílogo electoral; ello por dos consideraciones: que no es misión nuestra desempeñar el papel propio del Instituto Gallup, y que, además, nuestra tesis, por su específico contenido, nos distancia de todo afán de predicción, ya que, según nuestro criterio y en lo que atañe al modo de producirse Norteamérica en el campo internacional —único aspecto de las repercusiones electorales que nos proponemos reflejar aquí—, sería aventurado anticipar que el hecho del triunfo de Eisenhower o de la victoria de Stevenson puede implicar un cambio de rumbo en la orientación internacional de Norteamérica o una deseable fijación de la política exterior, hasta hoy perpleja y tambaleante, de los Estados Unidos, y como tal aseveración puede parecer audaz e incluso errónea al que leyere, quisiéramos que las líneas subsiguientes pudieran constituir apoyatura dialéctica de nuestro peculiar punto de vista.

Jorge Washington, en su «Manifiesto de Adiós» (no Mensaje, como se dice erróneamente), prevenía a sus conciudadanos contra la amenaza de varios riesgos; entre éstos se destacaba uno, posición relevante deducida del acento que Washington ponía sobre sus advertencias. Para el padre de la patria norteamericana, el punto de referencia del cual extraía sus solemnes advertencias era más negativo que positivo, más afinado sobre la idea fija de esquivar los riesgos de una posible infección europea que inspirado en normas específicas de acción, ideadas y adecuadas para elevarse a la condición de bases normativas del nuevo mundo. Por ello su insistente animadversión hacia cuanto implicase posible infiltración europea en el campo político norteamericano. Para Washington, si no todo el riesgo, por lo menos una buena parte del mismo se vinculaba a la posible aparición de múltiples partidos políticos en Norteamérica, que, aparte sembrar la perplejidad y actuar como freno del dinamismo yanqui, podían constituir un artilugio para que se convirtiese en realidad la exportación al nuevo mundo del caballo de Troya europeo. Estos

consejos de Washington influyeron de modo decisivo en el sentido de posibilitar la sola aparición de dos partidos políticos, que pudieron subsistir hasta el presente en cuanto recipientes del sufragio norteamericano —demócratas y republicanos—. Ello facilitaba la empresa política de los Estados Unidos y simplificaba la tarea del votante, cuyo único problema consistiría en alistarse en uno u otro de los grandes partidos políticos mencionados. Acaso Washington, y con él sus continuadores, consideraban que, una vez afirmada esa imagen bipartita, ni un solo ciudadano norteamericano dejaría de inscribirse en uno u otro de los dos grandes partidos, ingreso presumible en un país donde todo esfuerzo tenía alicento de empresa ideada a escala continental. El fallo de ese anticipo es lo que explicará al observador de las luchas políticas estadounidenses el porqué de esas sorpresas de última hora, que incluso han dejado malparado al Instituto Gallup. Muchos ciudadanos norteamericanos, bien sea por indiferencia política, ya a causa de que ninguno de los dos grandes partidos satisface sus políticas aspiraciones, libres de la acción apisonante de la gran máquina partidista, esperan a manifestarse a última hora, y la relativa equiparación de fuerzas de los dos partidos beligerantes posibilita que la mal denominada opinión independiente decida, en última instancia, respecto de cuál habrá de ser el nuevo huésped de la Casa Blanca.

Otro elemento de juicio nos explica el porqué ha fallado el sistema de los dos grandes partidos patrocinado por Jorge Washington: cada una de las dos fracciones políticas contendientes está lejos de ofrecer un frente polémico coherente y no discontinuo; existen, tanto en el partido demócrata como en el republicano, sectores denominados de izquierdas y derechas o conservadores y progresistas. Ello indica claramente que se libra una lucha, no polarizada en los dos grandes partidos, sino que en el seno de cada una de esas dos enormes agrupaciones políticas existe lo que pudiéramos denominar especie de subguerra civil. Si este fenómeno registrado se tiene en cuenta, no será difícil explicar algo a primera vista sorprendente: que, de vez en vez, una fracción perteneciente a uno de los dos partidos considera más realizables sus ideales otorgando sus votos al partido adverso; así se registran esos corrimientos de republicanos hacia la fracción demócrata y viceversa, mutaciones que sorprenden explícitamente al observador europeo, poco familiarizado con estas complejidades de la política norteamericana. Un ejemplo, extraído de este

período electoral norteamericano, puede acaso servir de confirmación respecto de nuestras anteriores apreciaciones. Cuando, contradiciendo las más extendidas previsiones, la convención republicana de Chicago designó como candidato al general Eisenhower, derrotando éste a «Mister Republican» (Taft), no pocos dedujeron que tal designación implicaría dos consecuencias: de un lado, que la ausencia de pasado político de Eisenhower permitiría a éste actuar sin ser prisionero de la máquina republicana, y convertirse así en una especie de candidato nacional; de otro, que el sector independiente del país parecía inclinado a sumar sus votos en favor del candidato electo; a ello se agregaba, dentro de lo que se consideraba como proceso lógico, que representando Eisenhower no sólo la negación del aislacionismo taftiano, sino un criterio más amplio en política exterior, una fracción potencialmente discrepante del partido demócrata sumaría sus votos a los republicanos. Por todas estas consideraciones, nunca un candidato electo asomó a la escena preelectoral bajo tan auspiciosas posibilidades como ha sido el caso de Eisenhower.

Hoy la mayor parte de esas predicciones han sido rectificadas a impulsos de los siguientes hechos: 1.º El triunfo aplastante de Mc Carthy en las elecciones primarias de Wisconsin; 2.º Esa especie de abrazo de Vergara que se dieron en Nueva York, Taft y Eisenhower, avenencia a la cual algunos norteamericanos bautizan con la denominación de beso de la muerte (*kiss of death*); 3.º A esa entrevista de la reconciliación, celebrada en Morningside Heights, la califican algunos de rendición incondicional (*inconditional surrender*) de Eisenhower, en beneficio de la vieja guardia, personalizada en Taft; 4.º Esa rendición incondicional la interpretan algunos como una victoria de Taft —en este caso, general de seis estrellas—, que habría dictado las cláusulas de la misma a Eisenhower, como general de cinco estrellas; 5.º Así resultaría acontecer que el terreno perdido por Taft en la convención de Chicago lo habría recuperado, con creces, en la sedicente avenencia de Morningside Heights, que algunos llaman el «Munich republicano»; 6.º En el supuesto de ser elegido Eisenhower, quien controlaría la *Blair House* sería Taft, enviando al gobernador Dewey a la perrera (Taft se dice haber opuesto su veto a la posible designación del gobernador Tomás Dewey para secretario de Estado, en el supuesto de una victoria republicana). Si las precedentes realidades no son inciertas, resultará que desde los días convencionales de Chicago, en el propio seno del partido republicano se han operado mu-

taciones de orientación, todas ellas determinadas por una serie de incidentes, de lo cual cabe deducir que ninguno de los partidos en lucha mantiene una coherencia doctrinal perceptible. Esos zig-zags necesariamente tienen que repercutir en la voluntad del elector norteamericano, no siendo, por tanto, extraño que no pocos de los votantes esperen a última hora para decidir a cuál de los dos candidatos otorgarán sus votos.

En este balance preelectoral que ofrecemos al lector de las presentes líneas y que acaso no perderá actualidad después del 2 de noviembre, no debe desdeñarse otro argumento que ha sido reiteradamente esgrimido en Norteamérica: aludimos al problema de los denominados candidatos-cautivos; así, se arguye que Stevenson sería como el eco de Truman, y Eisenhower el prisionero de Taft e incluso del llamado «maccarthismo». Una y otra consideración es alegada como pretexto de disenso por cuantos manipulan el *slogan* «*time for a change*»; ese afán de mutación puede conocer dos motivos genésicos: uno sería específicamente cronológico, y consistiría en aducir que, instalados los demócratas en el Poder, sin interrupción, desde 1932, esos veinte años de vigencia democrata parecen requerir un cambio; otros, acaso enfocando el problema en sus esencias, consideran que la administración Truman ha incurrido en reiterados errores, entre otros que pudieran citarse, la denominada *Truman's War*, o guerra de Truman, contienda cuya característica consiste en no ofrecer epílogo próximo, implicando ese abceso de fijación un doble riesgo: retener una buena y selectiva parte de los efectivos militares de las Naciones Unidas en la península coreana, e impedir, al propio tiempo, toda posibilidad de avenencia, o por lo menos, de convivencia con la China de Mao. Esto quiere significar que en los Estados Unidos no se registra un fenómeno similar al que se aprecia al Sur del Río Grande, especialmente en Méjico. Nos referimos al denominado continuismo, fenómeno que no puede encontrar en Norteamérica la vigencia que se registra en tierras de la América hispánica. El continuismo, literalmente interpretado, consiste en propugnar la práctica de un sistema político donde la mutación de los titulares del Ejecutivo no afecta para nada a la vigencia de una determinada inclinación política. Pero, sustancialmente, la tesis continuista encierra bien distinta significación, y, escuetamente considerada, puede caracterizarse así: en determinados países hispanoamericanos, especialmente en Méjico, para evitar lo que se considera como un mal —el complejo fenómeno del llamado caudillis-

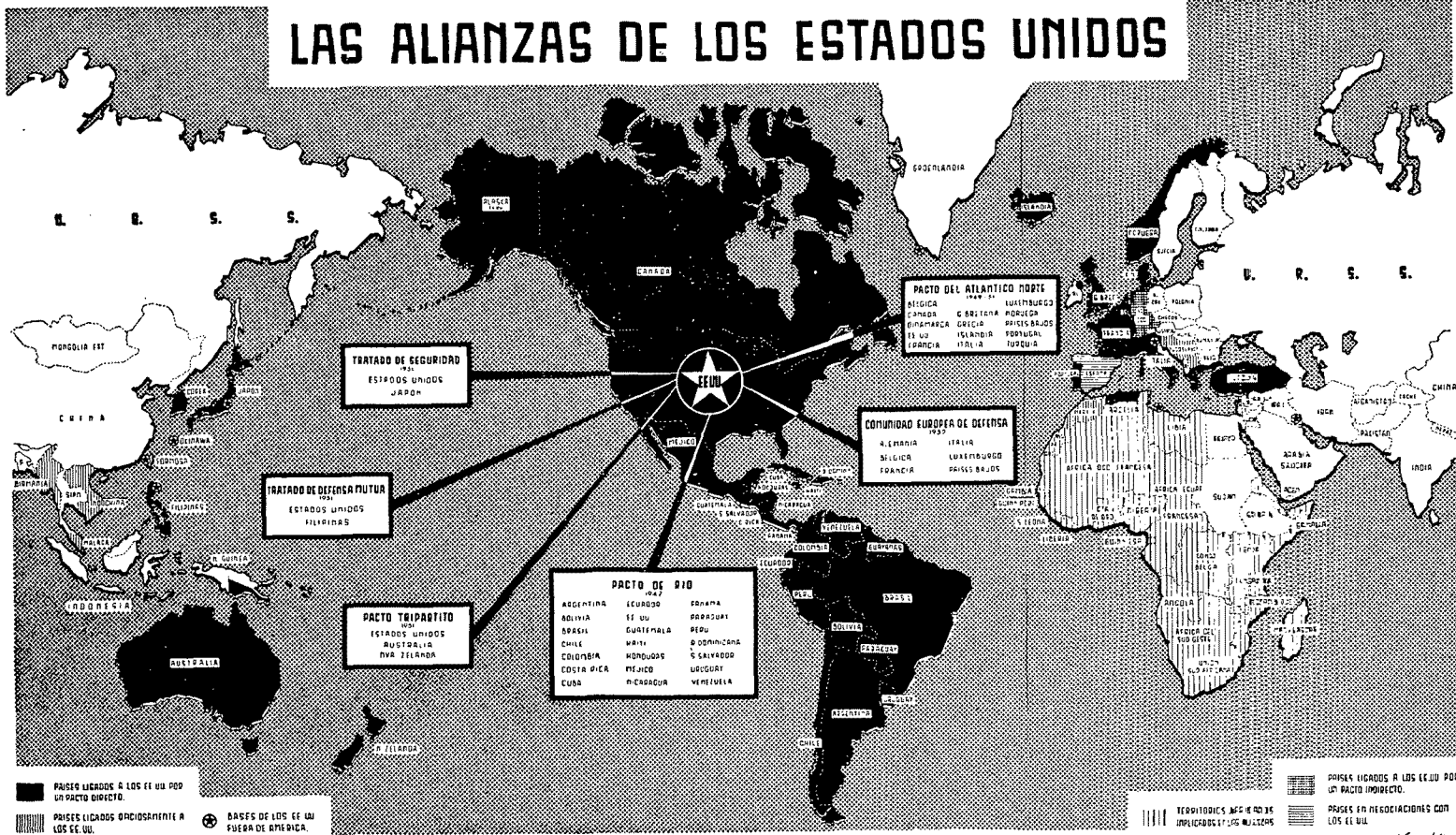
mo—, se ha aceptado el sistema de la no reelección; mas no parece que el sistema haya deparado la seguridad que de su aplicación pretendían retirar sus apuntaladores, ya que el mero cambio de personas en la jefatura del Estado no impide que el reemplazante actúe no sólo como continuador de la política de aquel a quien sustituye, sino incluso que el designado se produzca como eco dócil y sumiso de su predecesor. No es ése el caso de los Estados Unidos, donde, constitucionalmente, es posible la reelección, y lo era incluso la segunda reelección hasta la introducción de una reciente enmienda por el Congreso. Por ello el *slogan* «*time for a change*», si alguna significación encierra, no puede ser otra que la siguiente: reemplazar la administración demócrata, tras veinte años de permanencia en el Poder, por la republicana, carecería de relevancia si se procediese tan sólo a una mutación de personas y no a un cambio en la orientación de la política doméstica e internacional de los Estados Unidos, ya que, en otro caso, pensaría sin duda el elector norteamericano que no valía la pena de alterar el otorgamiento de su voto para que perdurasen los mismos procedimientos y orientaciones, con la sola alteración de las personas. Así planteado el problema (nos parece que no puede enfocarse de modo distinto al por nosotros apuntado), debemos preguntarnos dos cosas, íntimamente conectadas: 1.ª Si republicanos y demócratas son cada uno de ellos portadores de orientaciones políticas medularmente distintas; 2.ª Caso de contestar afirmativamente a la anterior interrogante, indagar respecto a si republicanos y demócratas disponen de libertad de acción y margen de iniciativa para poner en práctica lo que unos y otros consideren como normas deseables. Permitásenos, a este propósito, algunas consideraciones.

Nadie que considere los problemas internacionales con un mínimo criterio de responsabilidad puede aceptar como buena la posibilidad de un inmediato y sustancial cambio de frente, por lo menos en lo que atañe a la política internacional norteamericana. Esta afirmación, sin embargo, no significa que, a nuestro parecer, la presencia de Stevenson o de Eisenhower en la Casa Blanca sea irrelevante en lo que atañe a la futura acción internacional de los Estados Unidos, ya que demócratas y republicanos, mucho antes de abrirse el período electoral de 1952, sabían perfectamente que los denominados expertos norteamericanos en materia de política internacional propugnaban normas de acción exterior, si no antitéticas, por lo menos perceptiblemente dispares. Hace tiempo que

hemos aludido a tal disparidad de modo minucioso (véase nuestra obra *El Pacto del Atlántico*, capítulo XVI: «La perplejidad norteamericana y las vacilaciones de Europa», páginas 573-619). Son autores de las citadas fórmulas George Kennan, considerado por la U. R. S. S. como persona *no grata*, en su calidad de Embajador norteamericano en Moscú, y Burnham; sus respectivas tesis, expuestas hace dos años, parecen cobrar ahora nueva vigencia, ya que, con ligeras variantes, Kennan es el dialéctico de la contención, y Burnham el propugnador de la táctica de la subversión o partidario de la política de retorno, en lo que a Rusia atañe, al *status quo ante bellum*, que los norteamericanos denominan *roll-back policy*. Una y otra, como veremos seguidamente, se han convertido en puntos de mira de Stevenson y Eisenhower, respectivamente.

El candidato republicano, acentuadamente condicionada su libertad de acción al pactar con la vieja guardia, no ha osado respaldar la denominada política de liberación de los pueblos situados al otro lado del telón de acero, con el criterio, en cierto modo activo, de Foster Dulles. Se limitó a brindar una leve esperanza de manumisión a los pueblos hoy controlados por la U. R. S. S., reactualizando, a tal efecto, la llamada política del «no reconocimiento», a cuyo tenor Norteamérica no reconocería los hechos consumados por Rusia en la etapa postbélica y que implicaran la anexión, en beneficio de Rusia, de una serie de Estados clientes, tanto en Europa como en Asia. La tesis, abstracción hecha de su anemia dialéctica, no es nueva, ya que sustancialmente puede encontrarse un antecedente de la misma en la denominada política del cordón sanitario, ideado respecto de la U. R. S. S. a raíz de la guerra europea número uno, y entonces aplicable, no como ahora, a las anexiones practicadas por Rusia por el sistema del satelitismo, sino a la propia Unión Soviética; otro precedente, más próximo en el orden del tiempo, nos lo brinda la doctrina del «no reconocimiento» ideado por Stimson, doctrina que, a pesar de haber sido respaldada por la entonces actuante Sociedad de las Naciones, no impidió al Japón, contra el cual se esgrimía, construir la llamada Gran Asia Oriental y convertir a Manchuria en una dependencia del Mikado. Acaso por ello, un destacado experto, perteneciente al partido republicano (Foster Dulles), ha intentado insuflar a la vacilante doctrina de Eisenhower un sentido más positivo: se trataría, simplemente, de plagiar el sistema ruso de las quintas columnas, sistema que, aparte la peligrosidad que encierra su puesta en prác-

LAS ALIANZAS DE LOS ESTADOS UNIDOS



tica, constituiría una mera copia, y de lo que se trata precisamente es de huir de esa indigencia dialéctica, que, cual tendremos ocasión de comprobar en otra parte de este trabajo, constituye el *gran handicap* del mundo occidental, y especialmente de los Estados Unidos, cuya suma de poder incrementa en la misma proporción el volumen de su responsabilidad frente a los graves problemas que ha planteado el actual período postbélico.

No sería prudente inducir de lo que antecede que en las tesis esgrimidas por republicanos y demócratas, en estos días que anteceden a las elecciones presidenciales, existe una diferencia sustancial, ya que ni Eisenhower lleva la tesis de la subversión a sus últimas consecuencias, ni la política de «contención» demócrata, es meramente pasiva y expectante, antes bien, se nos presenta con un contenido levemente positivo, representado por el plan Marshall, por la ayuda a Grecia y Turquía y por la conclusión de una alianza con la Europa occidental —el Pacto del Atlántico—, convenio sin precedentes en toda la historia de los Estados Unidos. Conviene agregar que otra nota común se induce cuando se valoran y parangonan las actuales tesis de republicanos y demócratas, en lo que atañe a cuál pueda ser la política internacional norteamericana a lo largo del próximo mandato presidencial. Esa nota común se encuentra en un coincidente sentido anticomunista de los dos partidos, si bien más acentuado en el republicano. Es así como se intentó construir una tesis basada en el dilema a cuyo tenor al mundo extra-ruso y extra-norteamericano no le resta más solución que el adscribirse a una u otra de las dos tesis en presencia. Por más que nos esforzamos, no hemos logrado encontrar otro aglutinante ofrecido al mundo occidental que el de hacer frente al peligro ruso. Dada su prominente beligerancia, esta tesis del dilema: «o con Moscú o con Washington», bien merece ser considerada seguidamente.

Hoy se habla insistentemente de la unidad europea; se asevera igualmente (tal tesis cuenta cada vez con mayor número de adeptos) que la etapa del Estado soberano ha sido rebasada, no ya en el orden dialéctico, sino incluso en la esfera táctica; la experiencia rusa, construyendo el sistema del mundo satelitizado, es prueba concluyente de que para la U. R. S. S. el único medio de galvanizar el sistema de la soberanía absoluta consiste en considerar que las naciones con Rusia colindantes no tienen otro valor ni otra significación que la de meros apéndices del mas-

todóntico Estado soviético. Las alegaciones que se brindan como incentivo unitivo al mundo occidental resultan ser sustancialmente semejantes, ya que una y otra de la apuntadas encierran carácter negativo o reactivo: el peligro de la expansión comunista rusa, y la compensación, para los pueblos amenazados, que el mal menor radica en abandonar el *municipalismo* europeo, integrándose los Estados del viejo mundo en una superestructura. De lo cual cabe inducir que, sin el precedente de la amenaza expansiva rusa, Europa no pensaría en aglutinarse. Esta andamiada dialéctica, aparte su notoria indigencia, ofrece a Rusia en el momento presente una coyuntura adecuada para incrementar la siembra del *confusionismo*, no sólo en Europa, sino en los propios Estados Unidos. Todo hace suponer que la perplejidad va a incrementarse en una y otra orilla del Atlántico, sorprendiendo a Europa, cuando ésta, sin mucha fe ni acentuada decisión, piensa en articularse, y alcanzando igualmente en su eco a los Estados Unidos, en el periodo crítico que antecede a las próximas elecciones presidenciales. Rusia no desdeñó la coyuntura que se le presentaba para incrementar el *confusionismo* en el mundo occidental, y de ello nos ofrece pruebas, a las cuales aludimos seguidamente.

Malenkof, al inaugurar, el 7 de octubre, el XIX Congreso del Partido comunista de la Unión Soviética, y Stalin, en un extenso trabajo publicado en la revista *Bolchevik*, han sabido explotar adecuadamente todas las coyunturas potenciales de un mundo extra-soviético desorientado. Malenkof respalda abiertamente la tesis de la compatibilidad de los mundos comunistas y capitalista: «La política soviética, dice, de paz y seguridad de las naciones, se basa en el hecho de que la pacífica coexistencia del capitalismo y el comunismo y su colaboración son perfectamente posibles si existe un deseo mutuo de colaborar, si hay disposición de cumplir los compromisos aceptados y si se respeta el principio de la igualdad de derechos y la no intervención en los asuntos interiores de otros Estados.» Tras esa alusión genérica al mundo capitalista, una cita específica de los Estados Unidos, presentándolos como responsables de la actual situación europea, al uncir el viejo mundo occidental a los designios norteamericanos, designios que, según Malenkof, son claramente imperialistas: «Las naciones de la Europa occidental se han vuelto víctimas del imperialismo americano, bajo la pantalla de humo de que los Estados Unidos les están protegiendo contra las inexistentes amenazas de

agresión soviética.» Esas alusiones intencionadas, que Malenkof quiere utilizar en cuanto máquina productora de disensiones y desconfianzas en el mundo occidental, se complementa con la mención de Inglaterra y de su latente insularismo, al citar la transformación de Gran Bretaña en porta-aviones norteamericano: «Esto coloca a Gran Bretaña en una situación difícil, por no decir peligrosa.» Por pura, pero relevante coincidencia, esas palabras destinadas a reverdecer las inclinaciones insularistas o hegemónicas de Inglaterra respecto de la tierra firme europea son conocidas cuando Albión recibe la noticia de que en las islas australianas de Montebello ha hecho explosión la primera bomba atómica de fabricación británica, nueva, que, al decir de los críticos, altera la posición anglica en lo que atañe a un posible reparto del protagonismo en el campo internacional; ese incremento de posibilidades pudiera constituir un incentivo para que algunos sectores de la opinión anglica pensasen si era llegado el momento de orientarse hacia la constitución de una tercera fuerza, afincada en la preexistencia de la Commonwealth. Posible o no, sería imprudente sostener de plano que esas perspectivas no concurrirán en el sentido de incrementar la tesis esgrimida por George Malenkof.

Esa tendencia, inclinada a lograr la desintegración del llamado bloque atlántico, parece encontrar incentivo, en lo que a las aspiraciones rusas afecta, a tenor de la tesis esgrimida por José Stalin en el trabajo citado, artículo que, pese a sus dimensiones, puede ser traído a estas columnas para establecer deducciones no carentes de relevancia. He aquí cuál es la sustancia de la argumentación staliniana: se dijo, después de la primera guerra mundial, que Alemania pasaría a lugar relegado y que cosa semejante acontecería con el Japón, tras las derrota de 1945; esa relegación se consideraba como la antesala de una situación que impediría el estallido de una guerra entre los países capitalistas. Sin embargo, después de la primera guerra, Alemania tornó a ser una gran potencia, ayudada por los Estados Unidos, que contribuyeron a robustecer su economía y su fuerza militar. A pesar de que se esperaba asignarle la misión de combatir a Rusia, Alemania declaró la guerra al grupo anglo-sajón, y cuando después atacó a Rusia, los Estados Unidos e Inglaterra se aliaron a esta última y no a la primera. Los países de las democracias populares no sólo no precisan ayuda de las naciones capitalistas, sino que un día podrán exportar al mercado mundial el exceso de su

producción, en tanto los países capitalistas, al perder los mercados de Rusia y China, han intentado reemplazar esas carencias con el Plan Marshall, la guerra de Corea y el rearme.

Hace notar Stalin que muchos de sus correligionarios no creen inevitable la guerra entre países capitalistas, por considerar que las contradicciones entre el mundo soviético y el extra-soviético son más acusadas; al propio tiempo, alegan que la preeminencia norteamericana y su papel columbrarse impedirán el estallido de una guerra entre los países capitalistas. Frente a esa tesis, Stalin considera que, tanto Francia como Inglaterra, tenderán a desasirse de Norteamérica y entrarán por ello en conflicto con los Estados Unidos, y lo propio sucederá en lo que atañe a las relaciones de Alemania y el Japón respecto de los Estados Unidos. Se dice, hace notar Stalin, que las contradicciones entre los países socialistas y capitalistas son más fuertes que las de los países capitalistas entre sí, aseveración cierta en el orden teórico; pero no debe olvidarse que la segunda guerra mundial comenzó entre países capitalistas y no entre éstos y Rusia; ello se explica, aduce Stalin, porque la guerra contra Rusia plantearía el problema de la subsistencia del capitalismo; y el capitalismo no cree en una agresión soviética. De ahí se induce que la lucha entre países capitalistas por la obtención de nuevos mercados es más exigente que la pugna entre socialismo y capitalismo. En suma, concluye Stalin, como la guerra es inherente a la condición de país capitalista, sólo puede evitarse destruyendo el capitalismo.

Hasta aquí la disección que del problema nos brinda José Stalin, tesis respecto de cuya consistencia dialéctica no es éste el momento de producirse. Pero sí interesa señalar los motivos intencionales de tal argumentación, ya que responden sencillamente al designio de montar un nuevo y abultado capítulo en la trayectoria de la guerra fría, esta vez enriqueciendo, con una serie de consideraciones, la tesis rusa. Stalin parece propugnar por el establecimiento de una especie de neoaislacionismo; consistiría éste en cimentar la organización económica de Rusia, apoyándola en la inmensa área territorial que comprende a la U. R. S. S. y a los países satélites, incluida China. Ello significaría que asistiríamos a una nueva organización del denominado océano interior ruso, pero mucho más dilatado que el de los planes quinquenales. Si las posibilidades biológicas de esa inmensa autarquía que Stalin concibe son ciertas, la U. R. S. S., impelida por su propia lógica, desenlazaría en las si-

güientes consecuencias: que siendo incontenible el proceso de descomposición del capitalismo (a cuya aceleración tiende el artilugio de la guerra fría), tal desintegración se acentuaría al verse privado el mundo occidental de los dilatados mercados ruso y chino. Así, Rusia podía esperar, tras su inmenso parapeto, a que esa desintegración se produjese. Pero como no bastaría esperar filosóficamente a que se produjese la descomposición del capitalismo, se piensa en acentuar tal proceso esclerótico, y para ello decir, una y otra vez, a los países que, según Rusia, sufren la amenaza de la preeminencia yanqui, que constituyendo tal hegemonía una amenaza a su poder soberano, no les resta más solución que la de libertarse de la condición de Estados clientes. Así, Rusia trabajaría apoyando la aparición de la denominada tercera fuerza, que, si a largo plazo podría alcanzar una acentuada eficiencia, al margen del sedicente dilema Washington-Moscú, de modo inmediato representaría una enorme merma en las posibilidades de Norteamérica, sustracción que lógicamente sería una sumia en favor del desequilibrio de fuerzas entre Oriente y Occidente.

Pero no sólo Stalin habló; lo hizo, como ya notamos, Malenkof, y parangonando ambas manifestaciones, se percibe cuánto se aprecia en ambas de sentido contradictorio. Malenkof alude a la posible convivencia de los países capitalistas y comunistas, afirmación que no parece compaginarse con lo que llamaríamos el complejo ruso de las vecindades hostiles, ya que las Repúblicas de la Unión contiguas al mundo extra-soviético han venido al Congreso de Moscú propugnando la táctica de la vigilancia constante respecto a infiltraciones provenientes de países capitalistas; así se han producido los delegados de Armenia y Georgia. Tal vez esas advertencias no respondan a un auténtico temor de infiltración burguesa y constituyen acaso una invitación a Turquía —nación a la que alude reiteradamente— para que ésta se aleje de la influencia norteamericana.

Otra parte de las manifestaciones de Stalin parece responder al designio de lograr la desintegración de la tan regateada e inestable comunidad atlántica; aludimos a la pérdida del inmenso mercado chino, alejamiento que parece prorrogable en tanto dure la acción bélica en Corea; esta imagen se brinda especialmente a Inglaterra, nación que se ha resistido visiblemente a la aceptación de la tesis norteamericana de apoyo a Chiang-Kai-Chek y que se opone a romper definitivamente con Pekín,

Toda esa serie de elementos complejos, enriquecimiento dialéctico de la técnica de la guerra fría, se acumulan precisamente cuando el votante norteamericano hace examen de conciencia política, antes de optar por uno u otro de ambos candidatos a la presidencia. No sabemos si en los campos de batalla preelectorales norteamericanos se habrá calibrado lo que representa la confusión internacional reinante en el instante presente; sospechamos si la percepción ha pasado inadvertida, ya que hasta el presente la polémica electoral se volcó más hacia dentro que hacia fuera, acentuándose las alusiones a problemas domésticos y personales en proporciones a la vez increíbles y peligrosas. Nunca unos candidatos a la presidencia contaron ante sí con tan alarmantes perspectivas, y no aseveramos lo que antecede por considerar que se cierne sobre Norteamérica el peligro de una guerra próxima, sino precisamente por cuanto el alejamiento del riesgo, por todos temido y para todos temible, trabaja en favor de quien más puede esperar o del que cree estar en condiciones de aliarse con el tiempo. Tanto como a Norteamérica, amenazan al mundo occidental europeo estas maniobras rusas de intención disgregante. Que ése es el designio fundamental de Rusia en la hora presente, lo evidencia la reacción inmediata de que ha dado muestras Winston Churchill en su discurso de Scarbourough, de 11 de octubre, al afirmar: «La base de nuestra política exterior es una verdadera y honrosa camaradería con los Estados Unidos, en defensa de la vida del mundo libre, contra la inmensa agresión e infiltración del imperialismo comunista.» Aludiendo al posible desenlace de las elecciones presidenciales norteamericanas, Churchill dijo: «Sea cual fuere el que gane, los Estados Unidos no abandonarán su misión directiva de las naciones libres en la resistencia a la agresión comunista, y la amistad entre los pueblos de habla inglesa se hará más honda y amplia, más fuerte, a medida que transcurran los años.» De las palabras acotadas se induce que el insularismo inglés, inclinación que provee a Inglaterra de una cierta propensión autonómica respecto del continente europeo, representa, en contraste, un elemento de aproximación a Norteamérica y, por no ser incompatible con tal inclinación, un refuerzo de la *British Commonwealth of Nations*.

Esa clara reacción británica, reflejada en las palabras de Churchill, no se manifiesta tan nítidamente en lo que afecta a ciertos sectores del mundo continental europeo. Los denominados neutralistas europeos, los propugnadores del establecimiento de una tercera fuerza (tras cuya incli-

nación se oculta una prominente nostalgia dirigista), están ahora bajo el influjo de una intencionada incitación a la práctica de una posible secesión que, producida al acentuar el actual desequilibrio de fuerzas en presencia, favorecería acentuadamente a la U. R. S. S., ya que acaso el presente capítulo de la guerra fría que ahora se trata de escribir desde Rusia es el más cargado de posibilidades secesionistas respecto a esos sectores del mundo occidental que han intentado ocultar su falta de fe y su ausencia de resolución para hacer frente al peligro, en los sospechosos movimientos desertores, que se cobijan bajo el rótulo de neutralismos.

Los norteamericanos que concentren su atención en este panorama circundante inducirán, con nosotros, que a lo largo de toda la historia política de Norteamérica no se habrá conocido un ambiente preelectoral tan cargado de inquietantes presagios, y aun cuando el lector de estas líneas conozca el resultado de las elecciones norteamericanas, ello no obsta para que nosotros digamos que el hecho de triunfar uno u otro candidato en nada menguará la enorme responsabilidad que recaerá sobre el nuevo huésped de la Casa Blanca cuando éste, ya a sus espaldas el período pasional de las elecciones, mire con explicable perplejidad hacia el mundo exterior y se dé cuenta del grado de responsabilidad que pesa sobre los Estados Unidos de Norteamérica al escribirse, en 1953, el nuevo e inquietante capítulo de la guerra fría, cuyo incremento valoramos en cuanto síntoma cierto de que Rusia, en tanto más acentúe su guerra polémica, más pondrá de manifiesto que considera en período de corrección el actual desequilibrio de fuerzas. En esta constatación radica la peligrosidad del mundo internacional presente, y tal evidencia requerirá, por parte de Norteamérica, un creciente esfuerzo para atenuar primero y poner término después a su actual indigencia polémica, achaque que alcanza, a nuestro entender, a los dos grandes partidos políticos norteamericanos, y en general a una nación que, por vez primera en su historia, debe proceder a elegir un nuevo huésped de la Casa Blanca con el precedente, inédito, de un Tratado de alianza permanente concertado por los Estados Unidos con el mundo occidental europeo. Saber adaptarse a esta nueva exigencia, constituye la raíz del problema actualmente planteado a Norteamérica.

CAMILO BARCIA TRELLES

